

## La nevada

### **Cuatro días antes de la nevada**

Nadie hablaba de nada distinto que no fuera: «En cuatro días más nieve en Madrid, es seguro». Mercedes pensaba, que esa gente estaba loca: «¿Acaso no tienen nada más en que pensar?». Claro que sí, y cosas muy serias, de seguro, pero es mejor evadirse un poco hablando de la nevada. Todo esto ocurría en una reunión con algunos conocidos en un pijo y bien decorado bar en pleno barrio Chueca.

Era un lindo día, hasta especial, pero Mercedes se sentía abatida. No porque tuviera muchos problemas o, tal vez, sí, sino porque pensaba en cómo recorrer todos los espacios de esa ciudad española: los parques, las plazas, las cafeterías, las calles, las discotecas y uno que otro bar, para luego recordarlos. Distraída, pensaba en todo lo que podría conocer de esta urbe que la acogía de cierta forma, en sus no tan tibios brazos. Sí, debía aceptarlo, la vida no era fácil en ningún lugar del mundo, y a esto había que sumarle la puta crisis que volvía hasta las más alegres y buenas personas, en «unas y unos hijos de puta». Incluso a ella misma, que trataba de desmarcarse del mundo, porque en realidad no le gustaba la dirección que había tomado.

### **Tres días antes de la nevada**

Al día siguiente no hizo nada en especial, pensaba en dormir todo el día, pero tenía algunas cosas que hacer, no de esas tan importantes pero cosas al fin y al cabo. Se levantó a las diez de la mañana y lo primero que pensó fue: «Hoy faltan solo tres días para que nieve». El día anterior había sido largo y duro: tuvo mucho trabajo. La tertulia del día anterior fue solo el broche de oro, por eso, no podía concentrarse en las cañas y no recordaba, casi nada, de la noche pasada. Excepto, a la chica colombiana que hablaba sin parar, que no soporta y que todo el mundo ama. Ella, en realidad, quería estar a solas con sus pensamientos ese día: no debió salir.

Quiso un vodka naranja, pero con una rodaja de naranja, además de jugo natural y mucho hielo (no quería cualquier vodka naranja). Miró en la nevera y no había hielo. Bueno, tendrá que poner las cubetas con agua y esperar. Luego, miró su despensa de licores y nada. ¿Qué le estaba sucediendo, ya no tiene vodka en casa?, casi desfallece al oírse lanzar esa frase tan superficial. «Me está haciendo mal esto de frecuentar mucha gente pija» Ella se considera una persona normal y cree que no hace nada para perjudicar a otros y, por lo general, era así y, además, se reúne con amigos o conocidos que la quieren mucho, pero ella, en realidad, no hace nada por nadie. Vive en un limbo, entre la maldad y la bondad, *no es ni chicha ni limoná*. Pero le cuesta aceptar esto, ¿y a quién no? Ríe, pues no encuentra ninguna justificación, ¡no!, dice. Al pensar en esto sus muebles de mimbre adquirirían un tono sombrío. Prefiere cambiarse al sofá que es esponjoso y amarillo: lleno de vida, cosa que le hace falta.

### **Dos días antes de la nevada**

Todavía no nieva y, como es fin de semana, se quedará todo el día en la cama. Está hundida en el colchón, cubierta de sábanas sedosas y una gran manta roja. Entre grandes almohadas blancas. Se levanta solo a

buscar una botella de agua a la cocina, mira debajo del lavaplatos y encuentra una bebida medianamente gasificada, perfecta, dice entre risitas y bostezos. Vuelve a la cama, disfruta de su día de alcoba y pereza.

### **Un día antes de la nevada**

Hoy tampoco se ha levantado, no porque ella no quisiera, ¡no!, es porque hoy llegó su novio y no se veían hace por lo menos dos meses. Él había estado en la India; trabajos sociales y voluntariados. «No lo merezco, es más bueno que el pan caliente con mantequilla», se decía y luego se reía de Antonio porque él pensaba que ella era la mejor mujer del mundo. Después le daba pena por ambos. Ella no sabía qué hacer con el ser humano en el que se había convertido, debía ocultárselo, pues no quería perderle: lo ama. Estuvieron todo el día en la cama, primero recuperando los besos perdidos y después comiendo algunos dulces –los que fueran–; los sacan de la mesita de noche de Mercedes –que parece una confitería–: hay chocolates, bombones, turrónes y caramelos de todo el mundo. Antonio se los trae de sus viajes. Al final de la cena de dulces, se acomodan y se duermen hasta el anochecer. (Al despertar hacen el amor, pero eso es privado, sé que a ella esos detalles no le gustaría que los contase).

### **El día de la nevada**

Todavía no nieva, el cielo esta oscuro, ¡sí!, pero no tiene mucha cara de nevada. Mercedes se asoma cada 30 minutos a la ventana. «Nada, de nada, ni una gota siquiera», piensa y decide esperar en la ventana. Mira sin punto fijo, solo mira, solo contempla sin fondo, pero nota que el aire es más fresco cuando ha llovido durante varios días. Pero hoy no, hoy ni una gota. Ve lo que parecen ser las copas de árboles. Cae una gota, dos, tres, muchas, incontables, «¡Uf!, por lo menos a comenzado a llover» dice, y se alivia. Espera la nieve, ese es el acontecimiento. Su novio no llega de comprar pasteles. « ¿Por qué no está aquí conmigo, abrazándome, protegiéndome del frío?». Ve una pequeña pluma caer, ¡no!, es nieve o por lo menos eso cree que es, y lo es, comienza a nevar durante quince minutos seguidos. Se pierde entre los copos y entre la caída asimétrica de la nieve. Para de nevar. No lo puede creer. Se sirve un té Chai muy calmada y mientras saborea la intensidad de su sabor, recuerda una corta frase del día del anuncio de la nevada. Era una cortita escena en la cual la chica colombiana se tomaba las mejillas y decía: «No me gusta la nieve, es muy fría, sería mejor que no nevara».